

Madrid, 30 de abril de 2009

Señor doctor don
Jaime Posada
Director
Academia Colombiana de la Lengua
Bogotá

Muy apreciado señor director

Lamento profundamente no poder asistir a la Sesión Solemne para la proclamación del ganador del Premio Ignacio Chaves Cuevas, en donde debía hacer una breve semblanza del distinguido Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana y Director del Instituto Caro y Cuervo. Pero desde la distancia les acompaño de todo corazón y les felicito por rendir este homenaje de gratitud y admiración a mi amigo Ignacio, quien según la resolución “dedicó su existencia a la investigación, la cátedra y la Academia y realizó una brillante carrera en la difusión y promoción de la cultura colombiana”.

Mi primer encuentro con Ignacio Chaves tuvo lugar en Bogotá, en 1994. Coincidió en el tiempo con la conclusión del grandioso y apabullante Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana de Rufino José Cuervo. Aquel primer encuentro al que siguió una sólida amistad, tenía como objetivo buscar campos de colaboración entre las dos instituciones que representábamos, el Instituto Caro y Cuervo y la Universidad de Salamanca, para las que el estudio de nuestra lengua se había convertido en uno de sus signos de identidad.

Pronto me di cuenta que estaba ante un conversador infatigable, de hablar pausado, conocedor de innumerables cuentos bogotanos, cargados de ironía y de experiencia vital, conocedor como pocos de la historia y la cultura colombianas. Pero que además se trataba de un intelectual que gozaba de la vida, de la buena mesa, del espectáculo y que, seguidor de una vieja tradición de muchos intelectuales hispanos, le encantaba la fiesta de los toros. Llegó a presidir, según me cuentan, alguna corrida en la bogotana plaza de Santamaría.

Todos estos rasgos configuraban ya una personalidad tremendamente afectiva, pero lo que más me aproximó a él, fue el amor que exteriorizaba siempre por el Instituto Caro y Cuervo, la obra a la que consagró su vida, y su apuesta siempre por nuevos proyectos que dieran forma a nuevas ideas y que

contribuyeran al desarrollo y a la mejora de la imagen externa de Colombia, su patria a la que tanto y tan profundamente amaba.

Recuerdo cuando Ignacio con andar pausado, acompañado de los aplausos de todos los que abarrotábamos el Teatro Campoamor de Oviedo, tras atravesar el patio de butacas, ascendió al escenario, se giró hacia su derecha, inclinó la cabeza hacia el palco en el que estaban la Reina Sofía y el Presidente Pastrana, y continuó hasta el centro del escenario donde el Príncipe Felipe le hizo entrega del Premio Príncipe de Asturias con el que se distinguía al Instituto Caro y Cuervo. Aquel fue un día grande para Ignacio, también lo fue para el Instituto, para Colombia y para todos los que como yo, en buena medida, a través de Ignacio, aprendimos a amar más nuestra lengua y a amar más a Colombia.

Aquel premio no hubiera sido posible sin la dedicación y el compromiso de Ignacio Chaves con el Instituto Caro y Cuervo. Aún recuerdo con qué devoción me enseñaba la sede de la Candelaria, la vieja cervecería de la familia Cuervo, y con el cariño con que me guiaba por las incomparables instalaciones de Yerbabuena, y la satisfacción con que me mostraba su inmensa y difícilmente igualable biblioteca, su museo etnográfico y su imprenta. La Imprenta Patriótica, la cual me explicaba minuciosamente, mientras narraba los avatares de la primera traducción al español de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

Visitar el Instituto con Ignacio Chaves era la mejor prueba de la fortaleza del vínculo de alguien con su obra.

Después vino el Premio Bartolomé de las Casas y luego el premio Elio Antonio de Nebrija de la Universidad de Salamanca, que por primera vez se concedía a una Institución. El Instituto Caro y Cuervo, gracias a Ignacio, exteriorizaba la imagen más positiva y admirada de Colombia.

Ignacio Berdugo Gómez de la Torre